



**Asís es la ciudad de san Francisco.
¿Sabes que se trata también de la ciudad
de santa Clara?**

**Abre ya este libro para descubrir
la vida de esta jovencita noble y rica que,
como Francisco, también eligió vivir
la pobreza por Jesús...**



Editorial Monte Carmelo

Calle 19 • Padre Silverio, 2
Tel. 34-947-25 60 61 • Fax 34-947-25 60 62
080 BURGOS • (España)
Email: editorial@montecarmelo.com
Web: www.montecarmelo.com

ISBN: 84-7239-951-6



9 788472 399518

SANTA CLARA DE ASÍS

Por los Caminos del Evangelio



Santa Clara de Asís



Por los Caminos del Evangelio

Editor:
Éditions du Signe
1, rue Alfred Kastler
B.P. 94 - 67038 Strasbourg, Cedex 2 - Francia
Tel.: **00 (33) 3 88 78 91 91**
Fax: 00 (33) 3 88 76 95 99
E-mail: info@editionsdusigne.fr

Texto:
Marie-Thérèse Fischer

Traducción:
María Dolores Poyard

Dibujos:
Augusta Curreli

Colores:
Dominique Bach

Diagramación:
Éditions du Signe

© Éditions du Signe - 2006
Todos derechos reservados

Impreso en Italia por Arti Grafiche, Pomezia



Clara es el nombre que le dio una madre a su niña hace muchísimo tiempo en un país bañado por la dulce luz del sol.

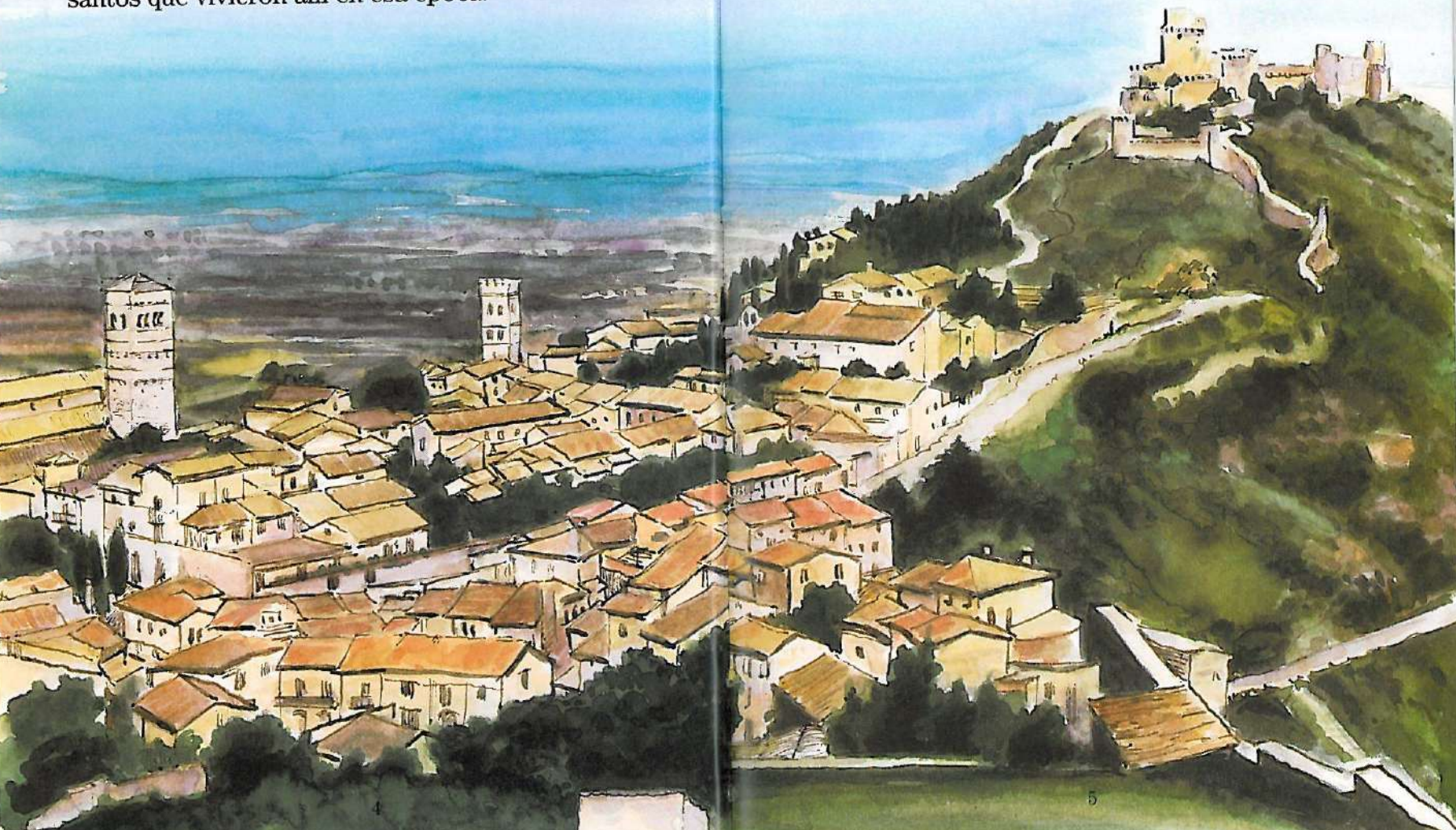
Clara es una chica noble que decidió dejar la riqueza y la comodidad para entregar su vida a Jesús y vivir en la pobreza junto con otras chicas fundando una nueva orden, la de las Clarisas.

Por su encanto y su alegría, Clara ha sido y es una luz para todos.

¿Sabías que se le ha proclamado "patrona de la televisión"?

Ven y descubre la vida de santa Clara.

En pleno corazón de La Umbría, al norte de Italia, se levanta la colina de Asís. La ciudad, con sus viejas murallas, está situada allí en lo alto como una corona. Franquear sus murallas es como retroceder por el túnel del tiempo hasta otra época, hasta la Edad Media. Parece incluso como si, al doblar la esquina, fuera uno a encontrarse con los santos que vivieron allí en esa época.

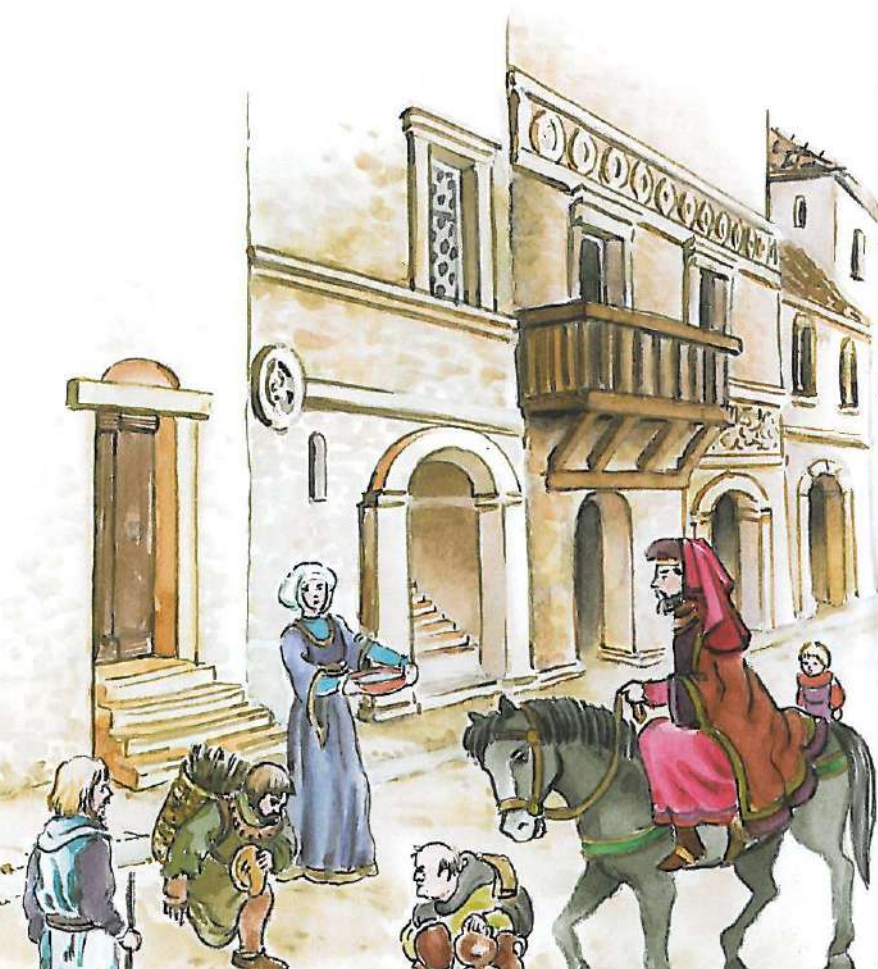


Nos encontramos ahora en 1253. ¡Un magnífico cortejo desfila por la ciudad: el papa Inocencio IV en persona, seguido de sus cardenales, de nobles caballeros y de todo el pueblo! Todos ellos con el rostro triste. ¿Qué ha pasado?
¿Dónde van?

Vuelven de un entierro. El de una mujer que eligió vivir en absoluta pobreza por amor a Jesús. Tenía un bonito nombre: Clara. Y recluida en su pobre convento, ha llegado a ser más famosa que todas las señoras ricas que se pasean luciendo sus joyas. ¿Quieres conocerla?



Clara no nació pobre. Todo lo contrario. Su padre, el señor Favarone, miembro de la nobleza; era conde. Era, por tanto, uno de los personajes más ilustres de Asís.



Su madre, la señora Ortolana, era muy piadosa; había ido en peregrinación a Jerusalén. Cuenta la tradición que, al nacer su niñita, la primogénita, tuvo un bonito sueño: se le reveló que esa niña sería luz para la Iglesia. Por eso la llamó Clara, que en italiano se dice: Chiara.





Clara vino al mundo en 1194. Y después de ella nacieron todavía dos hermanitas: Catalina y Beatriz. La familia vivía feliz en su palacio de Asís.

Pero, un día de 1198, estalló la revolución en Asís. Los comerciantes y los artesanos no querían a los nobles. Y Favarone y su familia tuvieron que abandonar rápidamente la ciudad.





Fueron a refugiarse a Perugia, otra ciudad de La Umbría. Pronto esta ciudad entrará en guerra contra Asís y sus comerciantes.

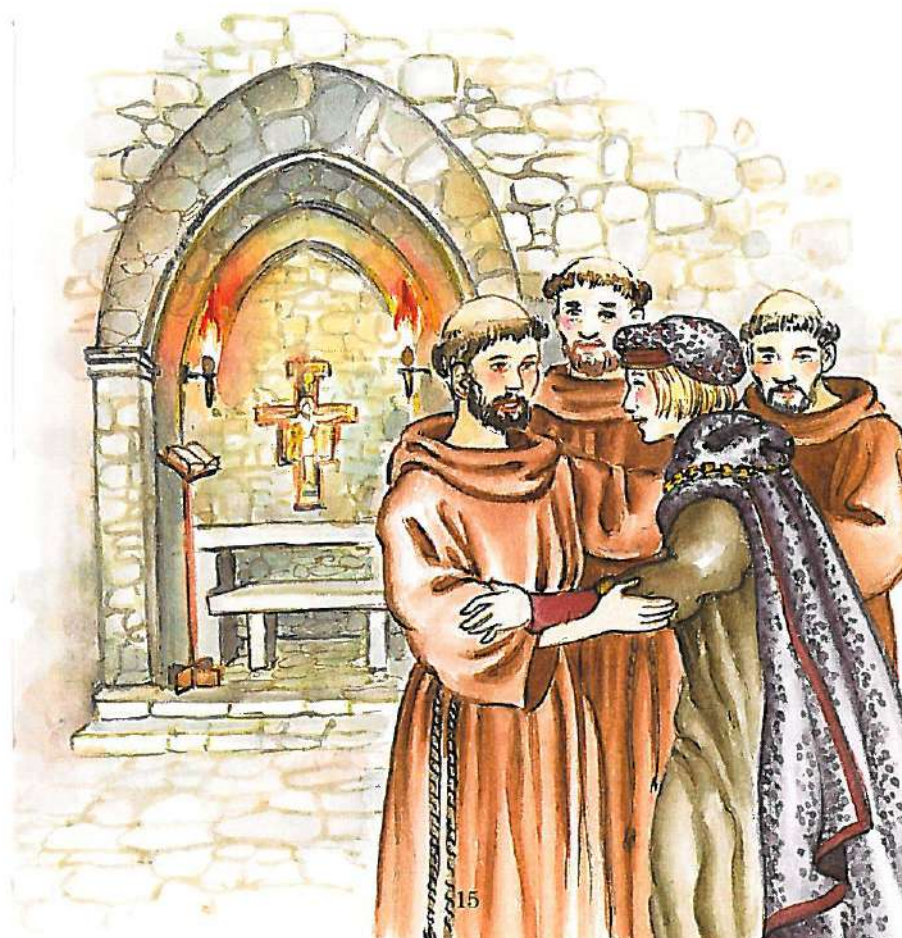
La familia se quedó cinco años en Perugia. Clara iba creciendo, y se convirtió en una jovencita muy piadosa. Su madre le había enseñado a contar sus oraciones con piedrecitas como si fueran un rosario.



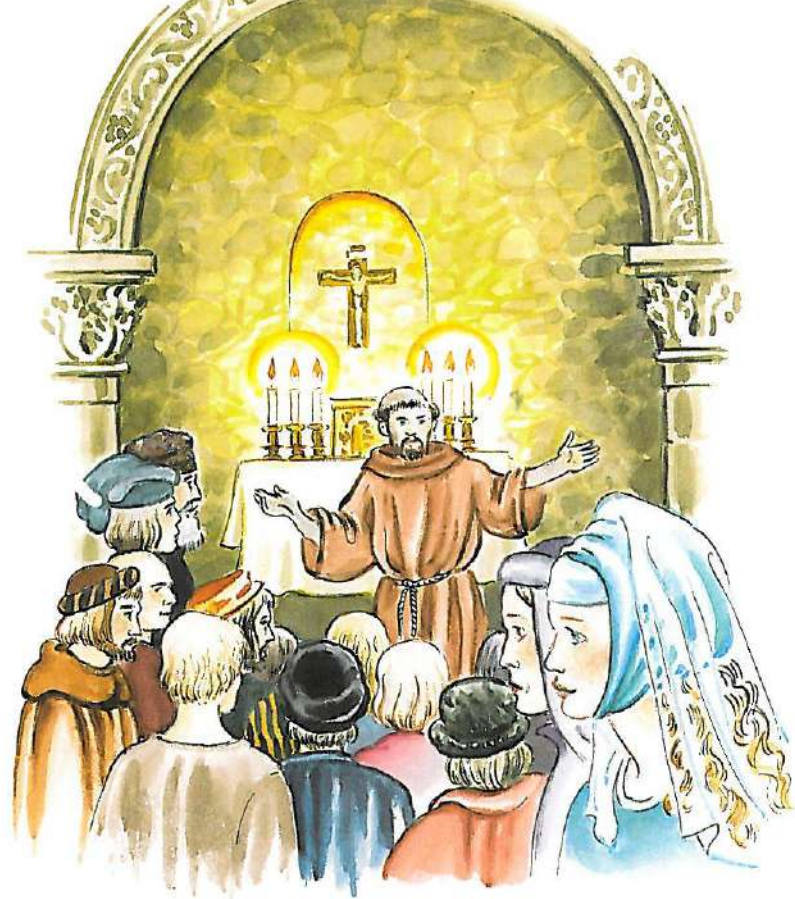
Cuando terminó la guerra, la familia pudo volver a Asís. Clara se dio a conocer por su amor a los pobres. Servir a los demás era la alegría de su vida.



En esta época, un joven de la ciudad dio mucho que hablar: Francisco, el hijo de un rico comerciante en telas llamado Bernardone. Años atrás, Francisco había sido un vividor que derrochaba su dinero. Pero ahora vivía en la más absoluta pobreza por amor a Jesús; e incluso a veces salía a predicar. Algunos jóvenes como él se le habían unido. Entre ellos, un primo de Clara, Rufino.



Estamos ahora en 1211. Clara se ha convertido en una joven muy hermosa, y su familia piensa casarla. Su padre está convencido de que ella se casará con un hombre rico y noble. Pero ella, por su parte, se pregunta qué debe hacer realmente de su vida.



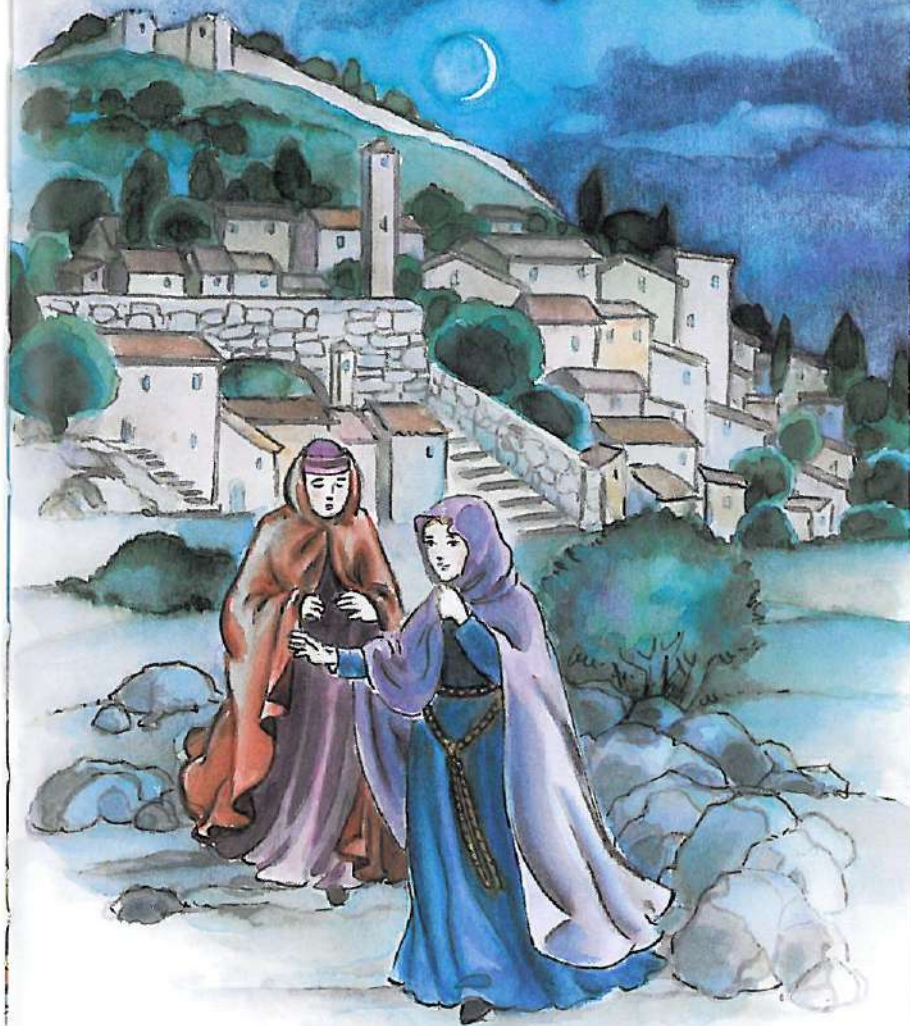
Un día, en la Iglesia de san Jorge de Asís, tiene la oportunidad de oír predicar a Francisco que había entusiasmado a su primo Rufino. Y se queda profundamente impresionada.

Necesitaba encontrar a Francisco. Necesitaba poder hablar con él. Pero ¿Cómo hacerlo? Ella insiste a Bona de Guelfuccio, una de sus amigas, que la ayude. Bona consigue una entrevista con Francisco.



Comienza entonces una gran amistad en Jesús. En numerosas ocasiones, Clara se ve con Francisco en secreto, y habla con él. Transcurre así alrededor de un año. Y Clara va sabiendo poco a poco qué va a hacer con su vida...

El 20 de marzo de 1212, domingo de Ramos, será un gran día para ella, pero casi nadie lo sabe. En misa, se preguntan por qué Clara no viene, como todo el mundo, a recibir su ramo a la reja del coro. Ella parece que está soñando... El obispo, que conoce su proyecto, se desplaza él mismo para llevarle su ramo. Pero ¿qué proyecto es ese?



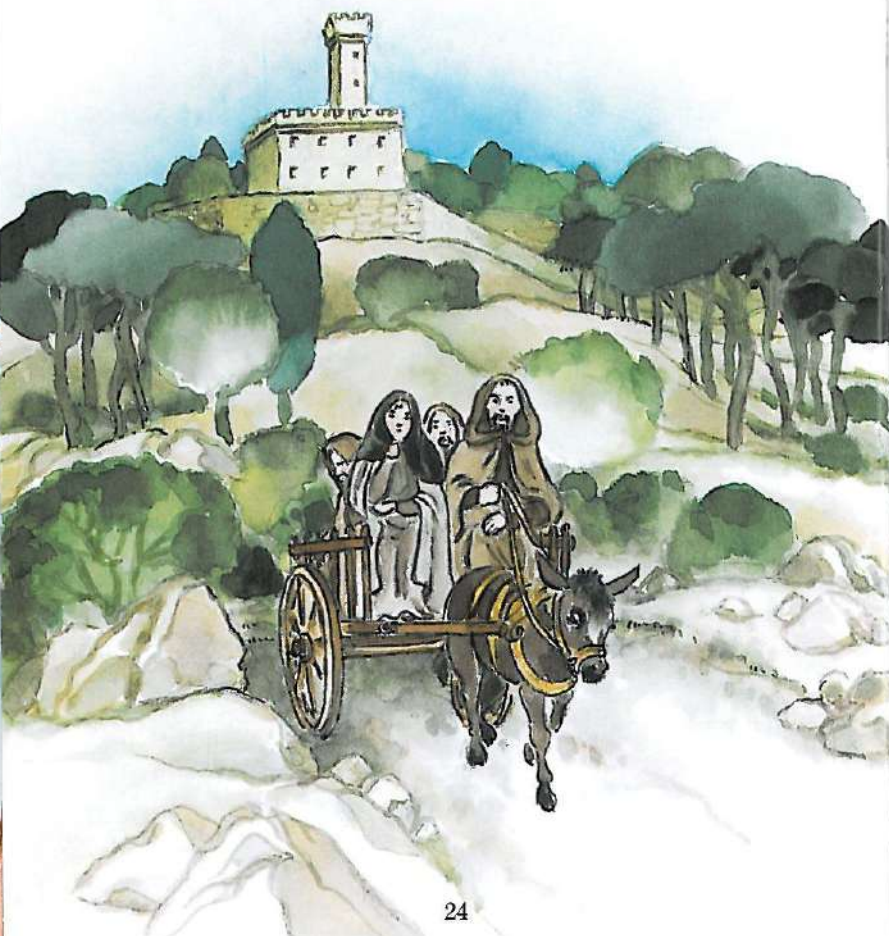
Cuando llega la tarde, deja silenciosamente el palacio de su padre con su amiga Pacífica de Guelfuccio. Bona no se ha atrevido a venir, porque teme el enfado del señor Favarone. Por eso ha preferido irse a Roma.

Clara y Pacífica avanzan en la noche hasta el sencillo convento de Francisco, llamado la Porciúncula, 'la par-tecita', porque él y sus hermanos quieren la pobreza en todo, la humildad, la sencillez. Esperan a Clara con unas antorchas: saben que ella va a comenzar también una vida pobre, humilde y sencilla.



Clara cambia sus ricos vestidos y sus joyas por una túnica basta que le da Francisco. Se corta muy cortos sus bonitos cabellos: en adelante, Clara pertenece al Señor.

Clara no puede vivir en la Porciúncula con los Hermanos. Al día siguiente, Francisco la lleva a la casa de las Benedictinas de san Pablo, entre Asís y Perugia, donde dará sus primeros pasos en la vida religiosa.



Evidentemente, el señor Favarone monta en cólera cuando se da cuenta de lo que ha pasado. Galopa hasta San Pablo y pretende obligar a Clara a volver a Asís con él. Pero ella se refugia en la iglesia y toca el altar: así, nadie tiene derecho a ponerle la mano encima. Después descubre su cabeza y muestra su pelo corto. Su padre comprende que ella pertenece ahora a Jesús y que debe dejarla seguir su vida.

Para guardarla todavía más, Francisco la lleva a otro convento, el de las Benedictinas del Santo Ángel, al pie del monte Subasio. Allí, ella pide de todo corazón por su familia, y sobre todo por su hermana Catalina, porque le encantaría que se consagrara también para servir a Jesús.

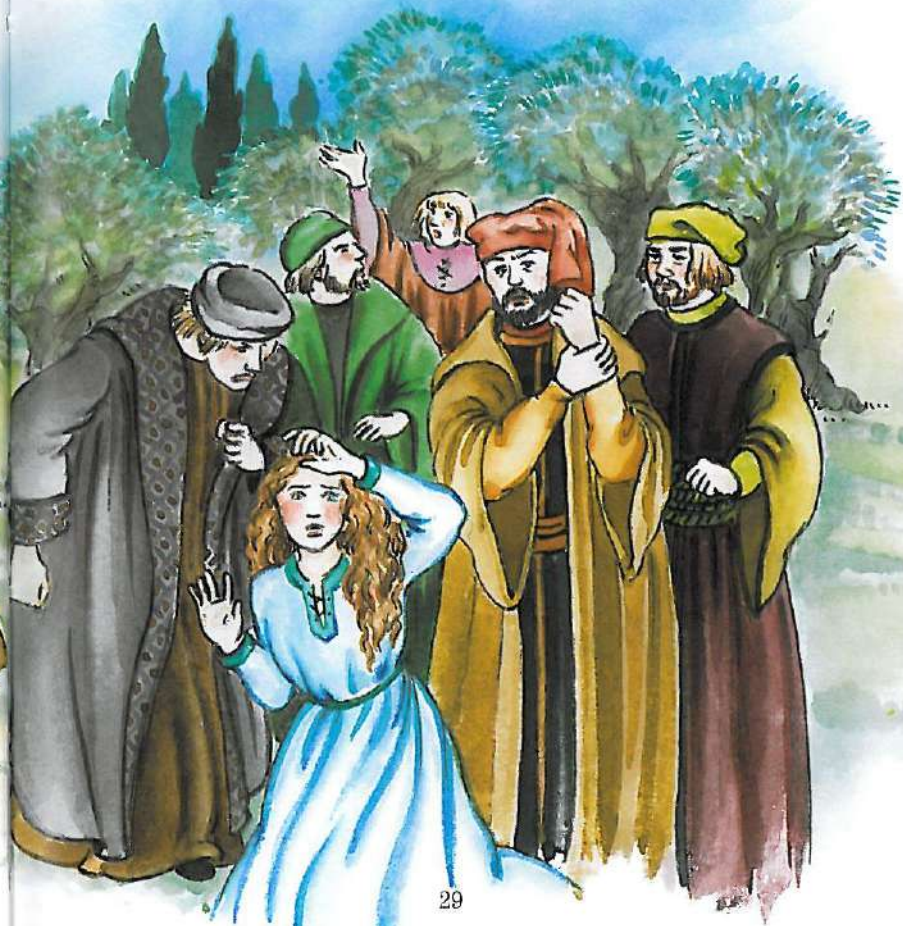


Sus oraciones son escuchadas, porque, dos semanas después de llegar Clara al Santo Ángel, Catalina se escapa también de su casa y va a reunirse con su hermana: ella también ha elegido la pobreza por amor a Dios.

Favarone, todavía afectado por la ausencia de Clara, se encoleriza al enterarse de la salida de Catalina. Y todavía más porque ella tiene sólo quince años. El tío de sus hijas, Monaldo, corre al Santo Ángel para llevársela a la fuerza. La arrastra, ella se tira al suelo y ¡oh maravilla! Llega resulta tan pesada que ni entre cuatro hombres consiguen levantarla.



El tío Monaldo, fuera de sí, quiere golpear a Catalina. ¡Pero su brazo se queda en el aire como petrificado! Entonces comprende que el Señor no permite que se lleve a la jovencita. Y se vuelve a Asís sin ella, y ella se hace religiosa.



Francisco cambia el nombre de Catalina por el de Inés, porque ha quedado a salvo a pesar de los golpes, como la pequeña santa Inés de Roma. Poco a poco, otras jóvenes se sienten llamadas a la vida de pobreza y de oración que llevan Clara y su hermana; entre ellas, Pacífica de Guelfuccio.

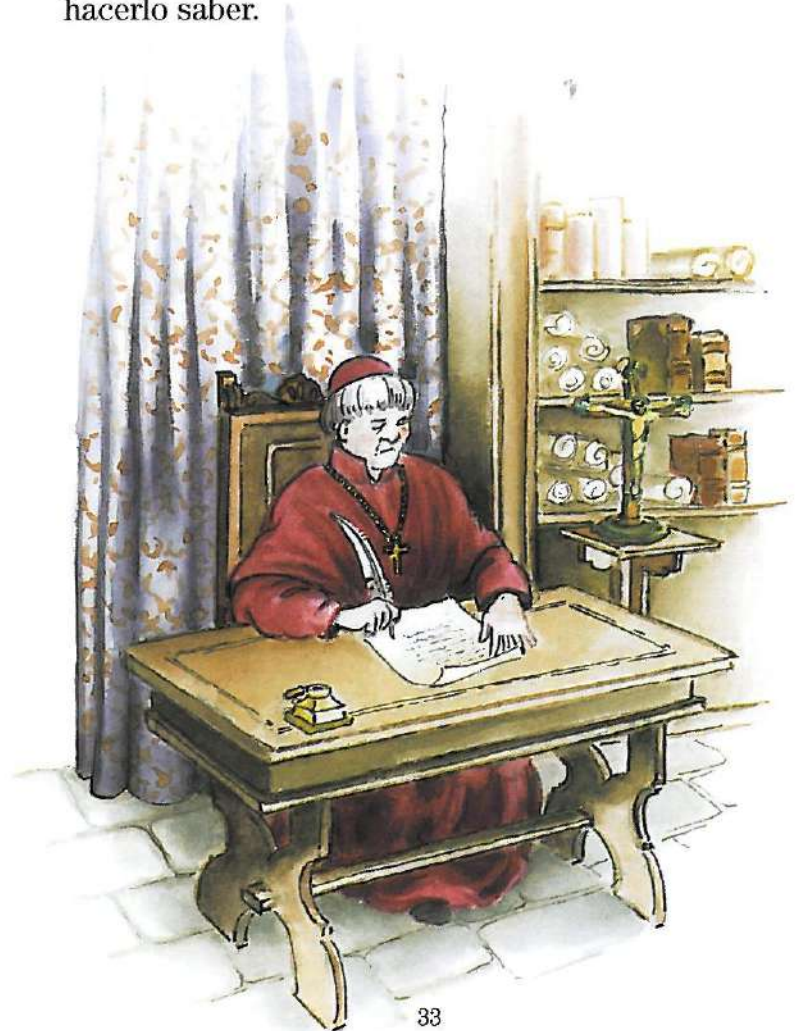


Francisco las instala en el sencillo convento de San Damián que él mismo ha edificado con sus manos. En 1215, nombra abadesa a Clara. Ella protesta, por humildad. Pero él la obliga a aceptar.



Con el paso de los años, crece la fama de Clara y de sus “Damas Pobres”, como se las llama. Algunas son enviadas a otras ciudades para fundar allí nuevas comunidades. Es así como Inés parte para Monticelli, cerca de Florencia.

Francisco no ha dotado de Regla a las “Damas Pobres”. En 1219, visita Oriente y el cardenal Ugolino, pensando que es necesario suplir esta falta, redacta una, sobre todo para la comunidad de Inés en Monticelli. Pero Clara protesta: esta regla no tiene en cuenta su voluntad de pobreza absoluta, en el espíritu de Francisco. Ella no puede aceptarla y no le importa hacerlo saber.





Francisco viene a menudo a San Damián para enseñar a Clara y a sus Hermanas. Aunque lo que a ella le gustaría sería compartir una comida con él; pero Francisco hace oídos sordos. Los Hermanos le hacen caer en la cuenta de que esto no es caritativo, porque Clara ha dejado todo por lo que él predicaba. Él entonces la invita a la Porciúncula con una de sus hermanas.

En cuanto se sientan, Francisco comienza a hablar de Dios con tanta dulzura que les cautiva el corazón y se olvidan hasta de comer: sólo piensan en el Señor. Entonces se ven envueltas por una luz tan intensa que los labradores corren, pensando que el convento con su iglesia, y todo el bosque de alrededor están ardiendo.



Ésta es una de las pocas veces que Clara se ausenta de San Damián. Como este convento es el primero de su Orden, acaba llamándose la “Orden de San Damián”; y las “Damas Pobres” se convierten en las “Damianitas”. Hoy, después de tanto tiempo, se llama a estas Hermanas con un nombre derivado de Clara: “las Clarisas”.



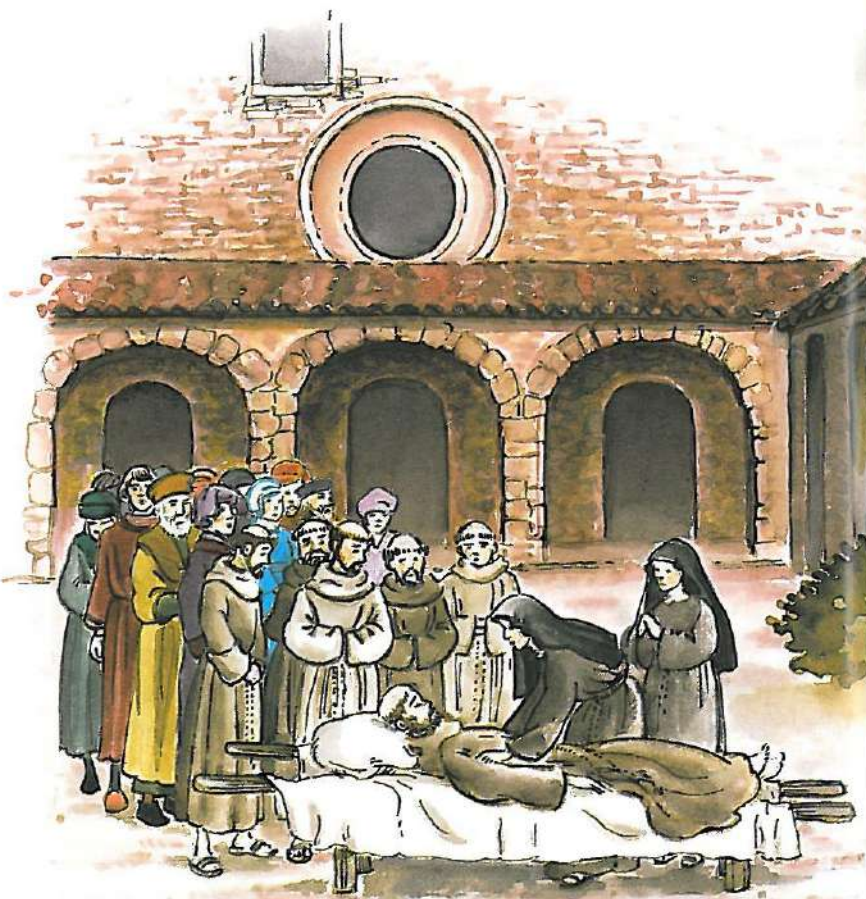
Francisco acudía a San Damián no sólo para aconsejar a Clara, sino también para pedirle consejo. Un día, recurrió a ella porque él tenía una duda: ¿debía continuar predicando o, como él deseaba ardientemente, debía retirarse a la soledad de un eremitorio? Clara le anima a quedarse con sus Hermanos y a continuar su misión como hasta entonces.

Francisco, enfermo y fatigado, sintió que pronto iba a morir. Y se fue a descansar un tiempo a San Damián, donde Clara le hizo una pequeña cabaña de ramas en un terreno detrás del convento.



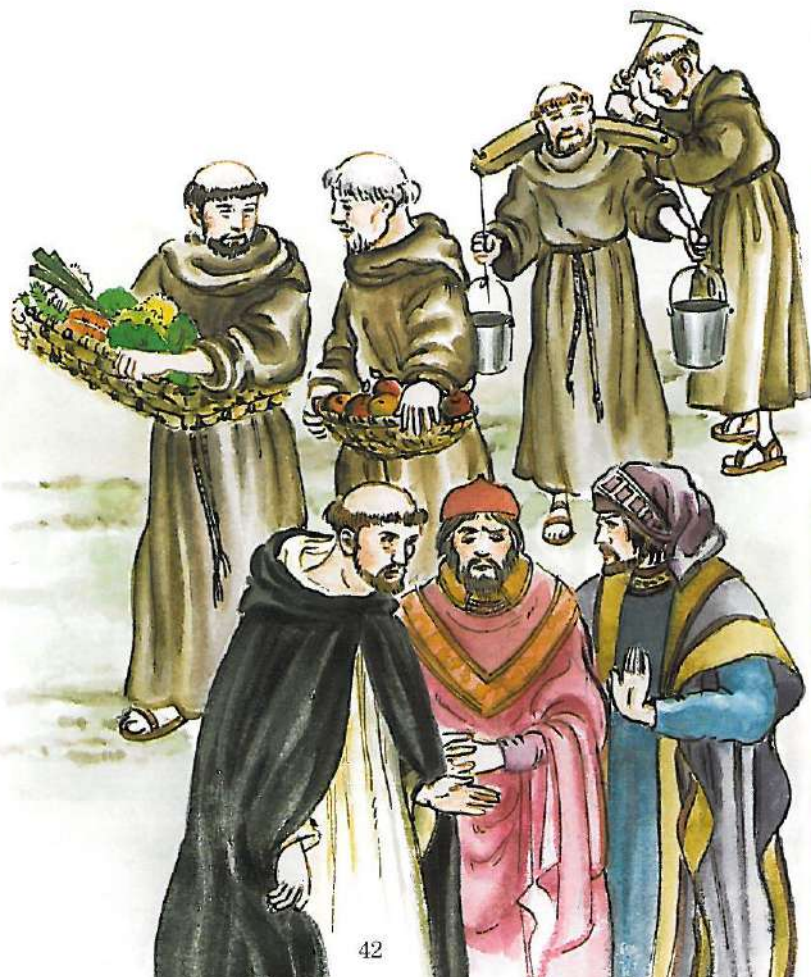
Es entonces cuando Francisco compone uno de sus más bonitos poemas, donde llama “Hermanos” y “Hermanas” a todas las criaturas de la Creación: “Benditos seas, Señor, por nuestro hermano Sol..., por nuestra hermana Luna..., por nuestra hermana Agua...”.

Francisco vuelve a la Porciúncula donde muere el 3 de octubre de 1226. Al día siguiente, su cuerpo es conducido a la Iglesia de San Jorge. Por el camino, el cortejo se detiene en San Damián, para que Clara y sus hermanas puedan decirle su último adiós.

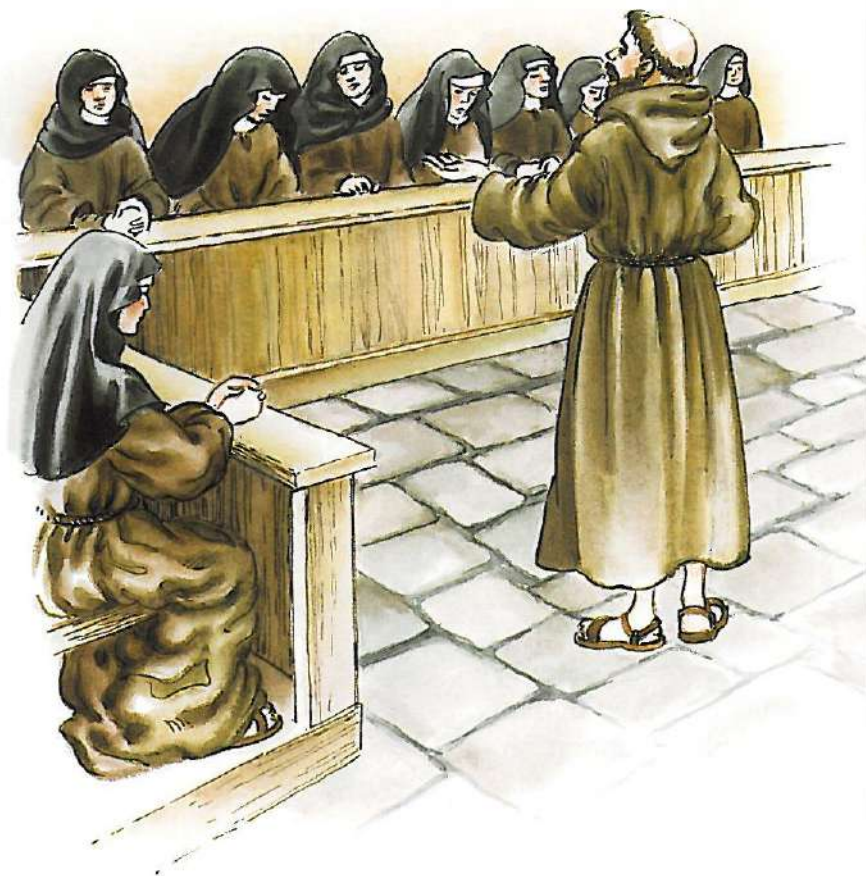


Tras la muerte de Francisco, los Hermanos continúan ocupándose de las "Damas Pobres". Ellos mendigan para ellas y son felices cuando pueden llevarles alimentos. Ellos las alimentan también espiritualmente al venir a predicar a la pequeña iglesia de San Damián.

Pero la fraternidad que reina en el convento de la Porciúncula y en el de San Damián suscita envidias. Y unos individuos influyentes consiguen, en 1277, que se prohíba a los Hermanos ir a predicar a la casa de las Hermanas.



¡Pero Clara hace oídos sordos! Y con sus Hermanas, hace una huelga de hambre. Ellas no comerán nada mientras los Hermanos no puedan venir a su Iglesia. Una vez más, Clara consigue lo que quiere y la prohibición es anulada.



En 1288, el papa Gregorio IX, antes cardenal Ugolino, declara santo a Francisco. Llegado el papa a Asís en esta ocasión, pasó por San Damián para convencer a Clara de que aceptara una Regla que permitiera a las Hermanas poseer algunos bienes, si no a título personal, por lo menos en común. Pero ella no cede. Sigue fiel al pensamiento de Francisco.



Clara tiene mucha fuerza de voluntad, pero es de salud frágil. Cae enferma muy a menudo y debe guardar cama. Sin embargo, no pierde nunca su alegría y su paciencia.



Encuentra su fuerza en la oración. Ama el silencio, que le permite pensar en Jesús, recordar los consejos de Francisco y meditarlos en su corazón.

Clara no está nunca ociosa. Es muy habilidosa para bordar. Por eso es la patrona de las bordadoras.



Incluso cuando está enferma, ocupa sus manos. Poco tiempo antes de su muerte, hilará para hacer un hilo muy fino para tejer una bonita tela. Con esta tela confeccionará corporales, es decir, pequeños lienzos que los sacerdotes utilizarán en el altar para poner allí el cáliz y la hostia. Clara los hará llevar a las parroquias de los alrededores.



Ella medita mucho el extraordinario misterio de la misa: Jesús que se hace presente bajo la apariencia de la hostia... Clara a menudo ora ante el sagrario donde la comunidad custodia, como en un tabernáculo, el Cuerpo de Cristo.

Un día de 1240, unos Sarracenos al servicio del emperador Federico II atacan San Damián. ¡Las Hermanas no tienen armas para defenderse! Clara, confiada, va sencillamente a buscar el sagrario que guarda el Santo-Sacramento y, en la ventana del convento, lo presenta a los asaltantes. Éstos, presos de pánico, huyen. En el espíritu de Clara, no había mejor defensor que Jesús.

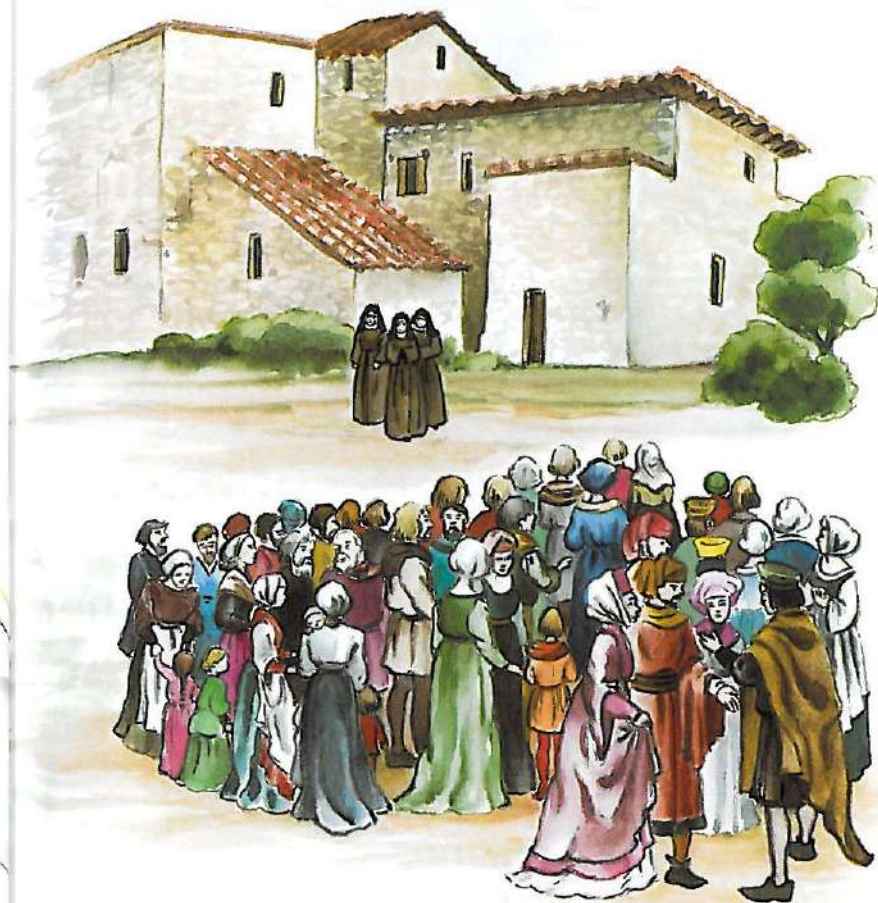


Más tarde, Asís es expuesto a otro ataque y la población está amedrentada. Los soldados enemigos acampan ya al pie de los muros de la ciudad. Las "Damas Pobres", van a rogar al Señor en su capilla para que el Señor evite la catástrofe.



De repente se desencadena una terrible tempestad que se abate con una violencia inusitada sobre el campamento de los asediadores.

Unas tiendas son incluso arrastradas por el viento. Los soldados huyen. Así se ha salvado.



Las gentes de la ciudad están convencidas de que deben su salvación a la oración de Clara y de sus Hermanas. A sus ojos, pase lo que pase, es ya una santa a la que aman y respetan.



Ellos no dudan en acudir a pedirle que ruegue por ellos, por sus enfermedades. ¡Y más de uno se vuelve curado!

Clara no sale prácticamente de su convento. Y, sin embargo, es ya famosa en lugares alejados. Ella mantiene correspondencia con personas a las que aconseja para su vida espiritual.



Una de las personas a las que escribe cartas es la hija del Rey de Bohemia, la princesa Inés. Las palabras de Clara tocan tan profundamente su corazón que termina dejándolo todo y convirtiéndose en una "Dama pobre". Y funda un convento en Praga en 1230. Hoy es "santa Inés de Praga".



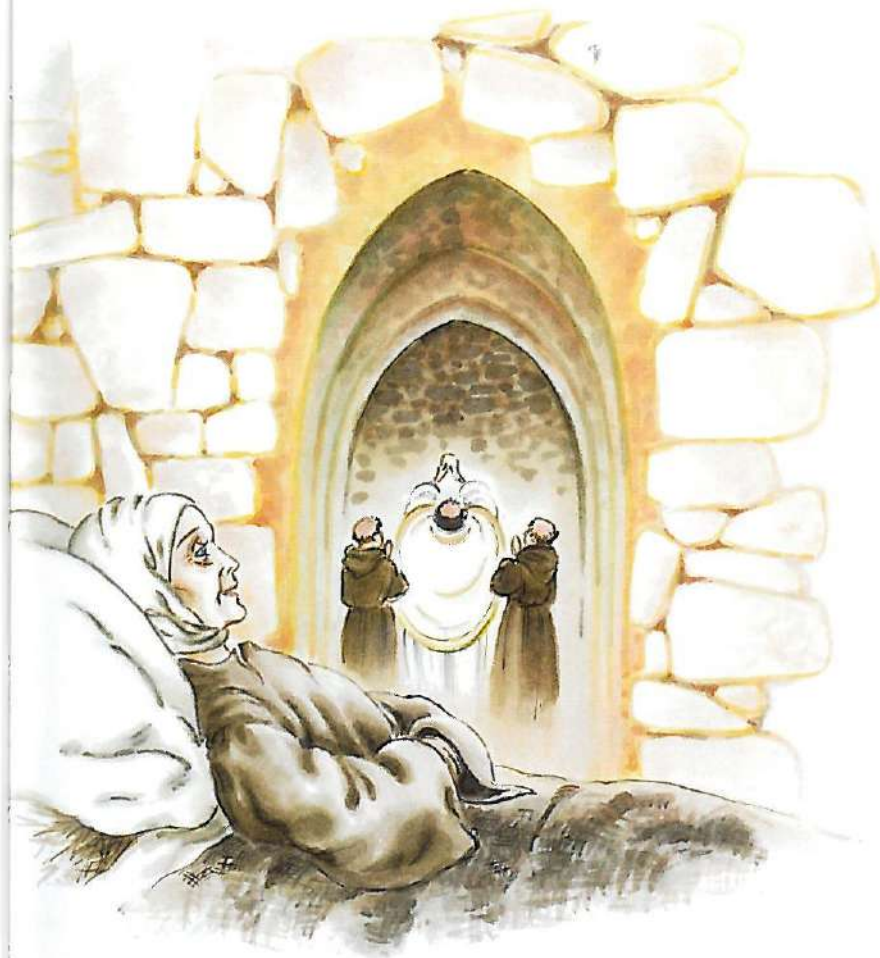
Con el tiempo, algunos miembros de su propia familia se reúnen con Clara. Un día, tiene la gran alegría de acoger entre sus Hermanas a su madre, la Señora Ortolana.



Clara tiene ahora 58 años. Se debilita cada vez más, porque ella no descansa nunca. Su comunidad se preocupa por ella.



En la Navidad de 1252 no puede levantarse para ir con las Hermanas a la misa que se celebra en la casa de los Hermanos, en Santa María de los Ángeles. Y lo siente de todo corazón. Pero, sorprendentemente, ella puede contemplar en la pared de su dormitorio toda la celebración de la Eucaristía, como si ella estuviera allí presente.



En 1253, cuando el papa ve que los últimos momentos de la vida de Clara están próximos, acude en persona a la cabecera de su cama. El 9 de agosto, el papa le concede lo que ella siempre ha deseado: el privilegio de la pobreza, por el que nadie podrá obligar a sus Hermanas a poseer bienes. Al día siguiente muere apaciblemente, alabando al Señor: "Te bendigo, Padre, por haberme creado".



Las "Damas Pobres" piensan que lo más propio es enterrarla en San Damián. Pero las autoridades de Asís no están de acuerdo: Clara ha protegido a la ciudad en vida, y su protección continúa después de su muerte. Por eso debe ser enterrada en el interior de las murallas, y no en un pequeño convento aislado. Las Hermanas lo comprenden y aceptan.





Su cuerpo es depositado en la iglesia de San Jorge, donde ella escuchó la predicación de Francisco que cambió toda su vida; y donde el mismo Francisco había sido enterrado provisionalmente, antes de transferirlo en 1230 a la basílica que lleva hoy su nombre. Después se emprendieron las monumentales obras para transformar el edificio en lo que es ahora la basílica de Santa Clara.



En 1255, el papa Alejandro IV proclama que Clara es una santa. ¡Qué alegría tan grande en su ciudad natal donde tanto se la quiere! ¡Y qué celebración de acción de gracias en los conventos de clarisas para las que ella ha sido siempre una madre atenta!

En 1850, se halla su cuerpo donde había sido enterrado en el siglo XIII. En 1872, se la coloca en la cripta de la basílica, bien visible en una urna de vidrio. Miles de peregrinos desfilan ante ella durante todo el año.



A la muerte de Clara, había ya 150 conventos de clarisas en toda Europa. Actualmente se encuentran en otros países: México, Venezuela, Ghana...



Lo maravilloso es que el ejemplo de Clara ha conducido a la santidad a numerosas almas a lo largo del tiempo. Conoces ya a su hermana, santa Inés de Asís, y su amiga, santa Inés de Bohemia, canonizada en 1989. Pero las clarisas cuentan también en sus filas a santa Isabel de Francia, santa Catalina de Bolonia, santa Lydwine de Schiedama, santa Colette de Corbie, santa Kinga o Cunégonde de Pologne, canonizada en 1999, y muchas más. La plantita de Francisco, como ella se llamaba a sí misma, ha dado fruto.



Vocabulario

Los cardenales:

ocupan un puesto destacado en la jerarquía de la Iglesia católica. Visten sotanas rojas. A la muerte del papa, son los cardenales los que eligen uno de entre ellos para sucederle. Entonces cambia su nombre. Es así como el cardenal Ugolino se convirtió en el papa Gregorio IX.

El Domingo de Ramos:

es el primer día de la Semana Santa. Se le llama así en recuerdo de los niños que, en Jerusalén, agitaban palmas y ramos de olivo al paso de Jesús, montado en un asno. Se bendicen los ramos de boj o de otra clase de árbol que los fieles llevan después a sus casas.

Francisco de Asís:

llamó a su primer convento la Porciúncula ('partecita'). En francés la palabra correspondiente es "la Portioncule". Y se ha conservado en italiano porque es más bonita. De hecho, el convento y la iglesia están dedicados a "Santa María de los Ángeles".

Santa Inés de Roma:

era una jovencita de doce años que prefirió sufrir y morir antes que negar a Jesús. Esto sucedió en el siglo III.

La Regla:

es un texto que define el modo de vivir propio de una Orden o de un monasterio. Ciertas Reglas permiten que los religiosos o las religiosas tengan bienes personales. Otras no admiten más que bienes colectivos, que pertenecen a toda la comunidad. Clara tenía un deseo muy original: no poseer nada de ninguna manera.

"Tabernáculo"

significa, etimológicamente, tienda. En nuestras iglesias, esta palabra designa una especie de arqueta, unas veces a la vista en el altar mayor, y otras empotrado en un muro, en la que se custodia el Cuerpo de Cristo, en forma de hostias consagradas: se puede decir que Jesús ha "plantado su tienda" entre nosotros.



Oración

*Clara, amiga mía,
¡Qué bien te va tu nombre!*

*Clara como el agua,
Sencilla y limpia,
¡Enséñame a amar las cosas pequeñas,
Como tú!*

*Clara como una lámpara,
No has querido brillar por tu riqueza,
Por tu nobleza, por tu inteligencia.
Enséñame a ser humilde,
Como tú.*

*Clara como la llama de una vela,
Tú te has entregado toda a Dios,
Para que Él te dé su luz
Y para poder, gracias a ella,
iluminar a los demás.
Enséñame a entregarme a Jesús,
Como tú.*

*Clara, amiga mía,
Enséñame a amar a Jesús y a mi prójimo,
Como tú.*